



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

15 de Diciembre de 1871.

Núm. 11.

LA PLAZA DEL PROGRESO DE MADRID.

(Antiguo convento de la Merced.)

(Conclusion.)

Intentó, pues, con blandura, persuadir á su huésped de que le dejase sacar la imagen del fuego, y mas que á sus razones apeló á mostrarle una buena cantidad de dinero, con la que el codicioso zelandéz cedió.

Entonces se lanzó al fuego el piadoso Leruela, sacó de él la santa imagen, y vió con asombro de que á pesar de que en la reyerta se habia empleado mas de media hora, las llamas habian respetado completamente la sagrada imagen. La admiró toda entera humeando, pero sin deterioro, y solo el rostro habia quedado mas moreno por el humo que lo que antes debió haber sido.

En el momento en que pudo quedar solo, se postró de rodillas ante la divina Virgen que su piedad habia salvado de las llamas, y con lágrimas de ternura en los ojos, ofreció que si podia salvar su vida y llegar con felicidad á España, entregaria aquella santa imagen á los

religiosos del convento de la Merced de Cuenca, para que alli recibiese público y solemne culto. La envolvió en un lienzo, guardándola cuidadosamente y haciendo de ella la inseparable compañera de su vida, y en dos meses que se detuvo aun en aquellos paises, vivió cristianamente, encomendándose á la santa imagen que poseia, para que le hiciese llegar libre de todo riesgo á Cuenca, su ciudad natal, y allí no fuese perseguido por el delito que contra la disciplina militar habia cometido en los Países-Bajos.

Llegó ocasion favorable de encontrar una embarcacion flamenca que volvia á España al Arzobispo de Santiago D. Alonso Velazquez, que comisionado por el rey Felipe II, habia llegado á los estados de Flandes para conferenciar con el duque de Alba, é iba á restituirse á su diócesis.

Acomodóse Leruela entre la comitiva del prelado, y emprendió en ella la navegacion, que al principio fué próspera y favorable. Empero á pocos dias agitóse el mar y levantóse una horrorosa tempestad: parecia que todo iba á perecer en la inmensidad del Occéano. En aquellos momentos supremos de peligro, to-

dos exhalaban gemidos de arrepentimiento y confesaban sus pecados, encomendándose á la misericordia de Dios.

Solo un hombre se mostraba tranquilo y sereno en medio de aquella calamidad, y su calma contrastaba de un modo admirable con el desórden de los elementos.

Con un rosario en la mano, se paseaba sobre el puente del navío murmurando sus lábios en voz baja las oraciones.

El Arzobispo lleno en aquellos momentos de caridad y celo apostólico, andaba de una parte á otra, confesando á los unos, animando á los otros y absolviendo á todos. No pudo menos de reparar en el aspecto tranquilo y sosegado de aquel soldado.

Se dirigió á él, y preguntándole la causa de su tranquilidad, le contestó que estaba seguro de que llegaría á puerto de salvacion, porque llevaba consigo la estrella de los mares, la mas firme áncora de sus esperanzas. Al decir esto desenvolvió el lienzo que llevaba siempre con él, y sacó la imagen que se habia salvado en Zelanda, de las llamas.

Conmovido el Arzobispo á la vista de la gran fé de aquel soldado, y movido de celestial impulso en aquella hora terrible del peligro, se postró de rodillas, cogió la imagen levantándola en sus trémulas manos en alto, mandó en nombre de María á las olas del mar que se sosesasen, cual en otro tiempo su divino Hijo habia ordenado se aplacasen las agitadas ondas del lago de Galilea que iban á sepultar la barca de Pedro.

En aquel instante cesó la tempestad, se calmaron los vientos, y las olas quedaron inmóviles cual el cristal de un hermoso espejo, siguiendo la nave su rumbo, y llegando con felicidad al puerto de la Coruña, donde todos desembarcaron.

Leruella acompañó al prelado á visitar el cuerpo del santo Apóstol patron de las Españas; y el Arzobispo que habia visto el patente milagro obrado en el mar por la imagen que conducia el soldado, no solo lo llevó en su compañía, sino que colocó la imagen de la Virgen en el altar mayor de su catedral, ha-

ciendo celebrar una solemne y devota Novena en accion de gracias por haberlos libertado de tantos peligros.

El soldado pidió al prelado se tocara la imagen á todas las muchas y preciosas reliquias que se conservan en la catedral de Santiago, lo que inmediatamente le concedió, dándole de ello un auténtico testimonio firmado por un escribano, para que en todo tiempo pudiese justificar aquel devoto deseo que habia manifestado y visto cumplido.

Detúvose algun tiempo en Galicia, porque aficionado á su trato el prelado, logró obtener del rey el indulto del delito que habia cometido Leruela, para que con toda tranquilidad pudiese regresar á su país.

El Arzobispo creyó prudente imponer nombre á aquella imagen milagrosa, á la que habia debido la vida, y cuyo origen se remontaba hasta los tiempos del pontífice Gregorio el Grande, denominándola *Nuestra Señora de los Remedios*, pues que en ella habia encontrado remedio en tan grave necesidad y lo continuaban hallando cuantos á ella acudieron durante la celebracion de la Novena en la catedral.

Despidióse del prelado Leruela, llevando consigo la preciosa imagen, no sin gran sentimiento del Arzobispo, que hubiera querido la dejase en la catedral; mas como hombre prudente y religioso, respetó el voto que el soldado habia hecho en los momentos de su afliccion.

Escribió al rey Felipe II, y fácilmente obtuvo el indulto del soldado.

Llegado á su país, Leruela consultó con sus parientes sobre el modo de entregar la imagen al convento de la Merced, á quien la habia ofrecido cuando la halló en Zelanda; y aunque estos con diversos pareceres y pretextos trataron de disuadirle de su intento, fiel á su voto y agradecido al verse libre de los peligros que le amagaban por la intercesion de aquella santa imagen, fué á entregarla al comendador del convento de la Merced de la ciudad de Cuenca, en cuyas manos la puso, no sin gran sentimiento, juntamente con la relacion de lo sucedido en Flandes, y el testimonio

del Arzobispo de Santiago, del milagro obrado en alta mar salvando el buque y las personas que en él venian á España, así como de los que posteriormente habia verificado durante su permanencia en Santiago.

Agradeció el comendador el don que hacia á su convento, y la colocó, aunque con gran reserva y sin dar conocimiento á ninguna persona de fuera del convento, en uno de los altares colaterales al altar mayor.

No pasó mucho tiempo sin que los vecinos de Cuenca, y particularmente los inmediatos al convento de la Merced, comenzasen á profesar grande devoción á la nueva imagen de los *Remedios*, cuyo crédito creció considerablemente con frecuentes milagros que hacia.

Llamaron estos tanto la atencion, que habiendo tenido noticia de ellos y del origen y procedencia de la Santa imagen, el reverendísimo padre maestro Fray Juan de Cobarrubias, provincial de la provincia de Castilla, fué á visitarla, la adoró con la mayor devoción, y sin duda, movido de celestial inspiración, al levantarse mandó reunir la comunidad inmediatamente, como si hubiese ocurrido algun asunto grave é inesperado.

Entonces les manifestó que el modo de corresponder á la generosa devoción del soldado que habia enriquecido la órden de la Merced con aquella preciosa dádiva, era el colocarla en un templo, donde por la mayor concurrencia pudiera ser mas conocida y venerada del pueblo; por lo que proponía, que en lugar de una ciudad como Cuenca, de tan corto vecindario y poblacion, se trasladase á su convento de Madrid, donde por estar la corte del monarca Felipe II, tan celoso de la religion y tan favorecedor del culto, tendria desde luego una capilla propia, y adquiriria la órden mayores beneficios.

Mandó que para tratar aquel asunto con la madurez y la reflexion suficiente, al dia siguiente se reuniria el Capitulo, previa la misa del Espíritu Santo, que se celebraria en el mismo altar de la Virgen, para que aquella Señora iluminase

con sus luces á los que iban á tomar tan grave resolucion. Así se hizo, y reunida la comunidad en Capitulo, accedió por unanimidad á lo propuesto por el reverendísimo provincial. Juzgó este prudente que la resolucion del Capitulo se ejecutase sin dilacion, inmediatamente, y dispuso que la santa imagen se trasladase en un coche al cuidado de dos religiosos, y que estos la entregasen al superior del convento de Madrid.

Cuando los de Cuenca echaron de menos la imagen de la Virgen de los Remedios, manifestaron su dolor; empero tal política y arte se dió para no dejarlos ofendidos el provincial, que era hombre entendido y prudente, que logró aplacar los ánimos, y dejarlos conformes con lo que les espresó ser la voluntad de Dios.

Llegó á Madrid y al convento de la Merced la imagen de la Virgen de los Remedios el dia 1.º de Agosto de 1593.

Hallábase entonces en la capital del Reino Felipe II, á quien se dió cuenta del tesoro con que venia á enriquecerse su corte, que acudió inmediatamente á visitarle, habiéndose colocado la imagen en una capilla detrás del altar mayor, donde permaneció hasta que se dispuso la ereccion de una nueva capilla espléndidamente adornada, una de las que mas llamaban la atencion en Madrid, y á la que se la trasladó el 8 de Setiembre de 1601, con grande aparato y magnífica suntuosidad, asistiendo á la traslacion el rey Felipe III en persona con toda su corte, y celebrándose por tres dias grandes festejos públicos y justas literarias, en que lucieron su ingenio los principales poetas de la corte, por la inauguracion de la nueva capilla.

Allí permaneció la santa imagen doscientos treinta y siete años, hasta que en nuestra época ha sido demolida la capilla, la iglesia y el convento, desapareciendo de este modo uno de los monumentos que habia levantado la piedad de nuestros antepasados. Aun subsiste la imagen de la Virgen, si bien fuera de su antigua y espléndida casa, empero á ella acuden diariamente los habitantes de la corte en demanda de consuelo en sus necesidades y para alivio de sus ma-

les, justificando cada dia mas por las gracias que dispensa, el justificativo título de los *Remedios*, que tres siglos antes con tanta oportunidad y razon la diera el Arzobispo de Santiago.

EL CONDE DE FABRAQUER.

HONOR AL VATE.

(Poesías que la autora dedica en muestra de respetuosa simpatía al Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, Ministro de Ultramar.)

(Conclusion.)

IV.

LA VIDA DE LOS RECUERDOS.

Maga.—Lo que pasa no recuerdes,
Mirando adelante ves.
Adolfo.—Solo de recuerdos vivo.
Maga.—Olvida, no puede ser.
(El niño y la maga, fantasía
por D. José Zorrilla.)

En campo ameno de florida alfombra
Nace á la vida el descuidado infante,
Y su mirada al contemplar se asombra
De tanta luz el resplandor brillante.

Con júbilo infantil su lábio nombra
Cuanto encanta su pecho palpitante,
Y de nuevas delicias lo rodea,
Y en su ilusion gozoso se recrea.

Mas ¡ay! bien pronto su ligera planta
Hierde en la vida la primer espina,
Y un eco doloroso se levanta
En su alma tierna en que el dolor germina.

Por la primera vez tiembla y se espanta,
Su triste corazon se desanima,
Y al fin se para y el valor le falta,
Y el primer llanto de sus megillas salta.

Y otro llanto despues vierten sus ojos,
Que abrasa y señala cuanto toca;
Y al mirar de la vida los abrojos,
Tan solo acierta á suspirar su boca.

Lo que le dió placer, le causa enojos,
Y cuando el pecho, al fin, su afan sofoca,
Cuanto perdió la dicha con los años,
Convierte la esperiencia en desengaños.

Despues, ¡ah! cuantas veces en la vida
El dardo del dolor destroza y hierde
El alma, de quebranto dolorida,
Se agosta el corazon, la ilusion muere;

Una ténua esperanza adormecida
Aun halagarnos con su encanto quiere,
Pero solo tinieblas divisamos,
Y á oscuras caminando vacilamos.

Y la senda escabrosa recorriendo
Sin estrella que alumbre nuestro paso,
Vamos la incierta planta dirigiendo
Al resplandor de la esperanza escaso;
La luz de los recuerdos va creciendo,
En tanto que la fé se amengua acaso,
Gravándose indeleble en la memoria
Del tiempo que pasó la dulce historia.

Mas ¡ay! que es triste consuelo
Pensar en nuestro desvelo
En la dicha que pasó,
Cuando donde estuvo un cielo
Solo un infierno quedó.

¡Y es muy amargo saber
Que jamás ha de volver
El bien perdido, á pasar
Y que es fugáz el placer,
Cuando es eterno el pesar!

Y pensar desesperado
Despues de haber agotado
El dolor hasta las heces,
¡Ay! que no pasa dos veces
Lo que una vez ha pasado.

Que es el recuerdo traidor
Un placer y una tortura,
Que aumenta nuestro dolor,
Prestando bello color
A la pasada ventura.

Si fuese posible ahogar
Los recuerdos, y vivir
Con el mundo, sin pensar,
Ni el pasado recordar,
Ni soñar el porvenir,

¡Qué bella entonces la vida
Se deslizara serena
Por una senda florida,
Cual dulce fuente escondida
Sobre la mullida arena!

Sin darnos pena el ayer,
Ni dudas mil el mañana,
Sin esa esperanza vana,
Sin esa ilusion liviana,
Ni ese sueño del placer,

Fuera entonces la existencia
Bella flor sin una espina,
Sin recuerdo que asesina,
Y el alma sin la esperiencia
Que sus impulsos domina.

Y en el presente no mas,
El corazon viviria,
Su pasado olvidaria,
Y la palabra jamás
El hombre la ignoraria.

¡Ah! ¡cuán dulce fuera ahogar
Los recuerdos, y vivir
Sin pensar ni comparar,
Ni el pasado recordar,
Ni soñar el porvenir!

Mas yo que sin placer y sin amores
Vivo en el mundo á la esperanza muerta,
Yo no puedo olvidar que es un desierto
La vida para mí;

Ya mis lágrimas las penas han secado,
Nació en mi pecho la terrible duda,
Y dije al ver la realidad desnuda:

El duelo mora aquí.

Mi corazon no llora ni suspira,
Se exhala solo en indolente calma,
Y ya sin esperar, yace mi alma
En triste soledad.

Indiferente, sin placer ni pena,
Vivo cansada de mi triste anhelo,
Y esclamo solo al contemplar el cielo:
¡Allí está la verdad!

Así un rayo de luz pura y ardiente
En el fondo de mi alma reverbera,
Y aun alienta por él, por él espera,
Y sufre con valor.

Que es la luz de la fé fulgida antorcha
Que alumbra por doquier nuestro camino,
Y la ruda fiera del destino
Mitiga con su ardor.

Es su llama benéfico consuelo,
Que endulza nuestra mísera agonía,
Y disipa las sombras, y nos guia
Su dulce claridad.

Y si el alma en la vida nada espera,
Aun dice, si su fé guarda encendida:
¡Mas allá de las puertas de la vida,
Está la eternidad!

ELENA CERRADA.

LA MUJER Y LAS FLORES.

(Continuacion.)

XII.

LA ADELFA Y LA MANZANILLA.

La igualdad de caracteres no produce siempre el mismo efecto, así como la mejor educacion suele dar un deplorable y sensible resultado por una exageracion llevada al último extremo, ó por una omision altamente censurable. Esto dijo, ó esto quiso decir un sábio de la antigüedad, al tratar de hacer un estudio sobre la ciencia del corazon en su aplicacion práctica. Si en nuestros tiempos hubiera vivido, con mayor razon se lamentaria de que no se procure poner un dique al desbordamiento de el tem-

peramento ó del carácter de quien podria ser feliz y hacerlo á los demás si lograra tener algun predominio sobre sí mismo.

Una hermosa mañana de Mayo, cuando el sol esparcía sus dorados rayos sobre la tierra, disipando la neblina de la alborada, y absorviendo con su calor las gotas de rocío que cual lágrimas de la aurora brillaban en el cáliz de las flores, dos lindísimas jóvenes, que contarian escasamente cuatro lustros, acompañadas de un venerable anciano, paseaban en una amenísima pradera situada á corta distancia de un caudaloso rio.

—Qué deliciosa mañana, decia una de ellas que se llamaba Andrea.

—Tienes razon, contestaba María, que así se nombraba la otra.

—Nada hay comparable al campo en este tiempo, añadía la primera.

—Es verdad, y sobre todo cuando como nosotras tenemos un tio que nos quiere tanto, y que nos complace en todo, dijo María.

—Os quiero, hijas mías, dijo el anciano que hasta entonces habia permanecido callado, os quiero, porque con ello cumplo una necesidad de mi corazon, y un deber de mi conciencia. Solas en el mundo como estais, ¿qué seria de vosotras sin mi apoyo y sin mis consejos? No podreis decir que distingo á ninguna de las dos, ambas sois hijas mías. Tú, María, que debiste el ser á mi único y querido hermano, te dejó en el mundo confiada á mis cuidados y paternal solicitud. Tú, Andrea, que perdiste muy niña á tu madre, mi desgraciada hermana, fuiste para mí y lo serás siempre una segunda hija. Yo sé que las dos sois buenas, que valeis mucho, pero quisiera que ambas os guiarais por el mismo sentimiento, ya que teneis idéntico carácter. Quisiera que aprendierais lo que no es lícito que ninguna mujer desconozca. La dulzura y la bondad han de ir encaminadas siempre al cumplimiento del deber, que es el bien obrar.

Acabais de salir de un colegio, en donde se os ha dado una brillante educacion, la que necesitabais para figurar en sociedad á la altura que os corresponde, ya que sois las únicas herederas de todos mis bienes. Dos jóvenes distinguidos me han pedido vuestras manos, aspiran á ser vuestros esposos, y yo no puedo ni debo negarselas, porque al honrarse con ello, os honran tambien. Vais á separaros de mí; ¡que el cielo atienda mis votos, y os conceda mas felicidad que la que yo os deseo!

Calló el anciano. Las jóvenes permanecian tambien silenciosas, empero de sus pupilas

se desprendían lágrimas del mas vivo enternecimiento.

Continuaron su paseo silenciosas, fijando al acaso sus distraídas miradas en las flores que crecían á ambos lados del andén, por el que transitaban en aquel momento.

Veíase entre ellas la ampulosa Adelfa, cuya hermosa flor de un vivo encarnado se ostentaba lozana al lado del pequeño y amarillo botón de la Manzanilla.

Instantáneamente, las dos jóvenes se pararon á examinar aquel raro contraste. El anciano las contemplaba también silenciosamente.

—Hé aquí, dijo con cariñoso acento, una vecindad que sobre ella puede hacerse un símil adecuado á vuestras circunstancias, á vuestro carácter igual, á vuestra situación análoga.

—¿Cómo es eso tío? se atrevió á preguntar Andrea.

—Las dos flores que estais mirando, tienen alguna semejanza entre sí, empero sus resultados son distintos. El sabor de la Adelfa es amargo, áspero; el de la Manzanilla, es también amargo y un tanto áspero; empero la una puede producir la muerte, la otra puede dar la vida.

—Querido tío, dijo María, vos que entendéis tanto de botánica, ¿podríais hacernos la historia de esas flores?

—Con mucho gusto. La Adelfa que los botánicos llaman *Nerium*, y que pertenece á la familia de las *Apocineas*, es un arbusto procedente de la India y del Mediodía de la Europa, que consta de algunas variedades, y se cultiva mucho como planta de adorno. Sus cualidades son astringentes y hasta venenosas; pueden producir la muerte, suministrándola en gran cantidad, por eso vereis que los ganados, guiados por el instinto de la conservación no comen de sus hojas. La madera de ese arbusto sirve para combustible, y los moros emplean su carbon para hacer pólvora. La Manzanilla, cuyo nombre técnico es *Anthemis*, pertenece á la numerosa familia de las *Compuestas*, y aunque su sabor es amargo como el de la Adelfa, sus cualidades tónicas y antiespasmódicas, la colocan en medicina como un excelente estomacal y con prodigiosa virtud, para curar las fiebres intermitentes, demostrando muchas veces su eficacia en los casos en que la quina no ha producido su efecto. Por ahí vereis que dos plantas cuyo sabor es casi igual al paladar, dan un resultado enteramente opuesto. Vosotras, pues, queridas mías, no debeis olvidar eso, pues aunque ambas teneis un carácter igual

y habeis recibido la misma educacion, algun día no tengais que compararos á la Adelfa y á la Manzanilla.

Las jóvenes comprendieron el consejo, y aceptaron de buen grado la lección de botánica que tan oportunamente les acababa de dar su tío. Pero el tiempo se encargó de demostrar que el destino de ellas había de ser semejante al de las flores, cuya historia pidieron al anciano.

Andrea fué la esposa de un rico comerciante, y María se unió á un joven militar. La primera con su dulzura y sus demás dotes, no pudo evitar que su marido se arriesgase en empresas ruinosas, aunque en la apariencia lucrativas, y que despues de perder su capital, concluyera por saltarse la tapa de los sesos para evitar la deshonor de una quiebra algo fraudulenta. María, que tenía un esposo de carácter fuerte y dominante, que indudablemente le hubiera conducido á un fin desastroso, dada la rigurosidad de la ordenanza militar, logró hacerlo dulce, suave y resignado á lo que se llama deber.

Cuando trascurridos muchos años, las dos primas se reunían, recordando los días de su juventud y á su querido tío, que ya descansaba en el silencio de las tumbas, decia Andrea:

—¡Ay! querida María, ¡cuán cruel es el destino que me ha condenado á mí, alentando el afán especulativo de mi malogrado esposo á ser para él lo que es la Adelfa, cuya historia nos contó nuestro buen tío! Feliz tú que has podido ser como la Manzanilla para el tuyo, dándole la vida haciendo que su carácter violento se amoldase al tuyo bondadoso y dulce.

María abrazaba entonces á su prima, y le decia bañándole el rostro con sus lágrimas:

—Querida Andrea, ¡cuántos seres en el mundo pueden estudiar en los efectos de esas dos plantas á aplicar sus sentimientos y su educacion para evitar la muerte que causa la una, y dar la vida al que le amaga un peligro, como la otra dá la salud y el bienestar! Nuestro sábio tío nos dió un saludable consejo á las dos, que nos encontrábamos en un mismo caso, y que dió diferentes resultados. ¡Plégue al cielo que en otros iguales no sea lo mismo!

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

EL SEÑOR FEUDAL.

(BALADA.)

(Dedicada á mi buen amigo el inspirado poeta señor
D. José F. Sanmartín y Aguirre.)

I.

—En alazano de pura raza
Con tu loriga, lanza y escudo,
Buen caballero, ¿partes á caza,
O á tu contrario buscas sañudo?

—No parto á caza, no la memoria,
Oh anciano, evoco de mi enemigo:
Parto á la guerra, busco la gloria:
—Que la fortuna vaya contigo;

Marcha: del moro la dura ofensa
Venga, y la suerte tus pasos siga;
Si de la patria vas en defensa,
Buen caballero, Dios te bendiga.

II.

—Doncel, ¿ya vuelves? ¿Tus triunfos vanos
Fueron, y triste tu pueblo llora?

¿Callas?.... ¡Y sangre miro en tus manos!
¡Ay! que esa sangre no es sangre mora.

Deberes santos abandonaste,
Por darte al ocio y á los placeres,
A tus vasallos asesinaste,
La honra mancillas de sus mujeres.

Estrecha cuenta darás al cielo,
Que al crimen siempre la pena sigue;
Con sangre pura regaste el suelo....
Mal caballero, Dios te castigue.

III.

—¿Con paso lento, buen peregrino,
Dó triste marchas por esta sierra?
¿Cuál en la vida fué tu destino?
Para tí ¿goces no hay ya en la tierra?

—Noble es mi cuna, mas fuí malvado;
Injustas leyes impuse fiero:
De cieno y sangre estoy manchado...
Perdon imploro, y en Dios espero.

—No la venganza contra el rendido
Siendo cristiano mi pecho abone;
Si al cielo invocas arrepentido,
Buen peregrino, Dios te perdone.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

LA CAMPANA DE LA VENGAZA.

(TRADICION ARAGONESA.)

(Continuacion.)

V.

Trascurrieron algunos días después de los sucesos que vamos narrando, y los más extraños acontecimientos habían tenido lugar en el alcázar. D. Pedro Tizon, gracias á su audaz intriga, y al apocamiento del rey, había conseguido que este le diese plenos poderes de privanza, durante las azarosas circunstancias en que, según su parecer, iba á pasar el reino.

Apenas se vió revestido de su nuevo cargo, uno de sus primeros actos fué el ordenar la prision de la reina.

Con esta determinación pensó tenerla apartada del rey, y á su disposición, para hacerla acceder á sus exigencias cuando fuese oportuno.

Aunque el rey le había otorgado su privanza, Monteagudo no creyó oportuno para sus planes el hacer público su cargo, de modo que todas sus órdenes las daba en nombre del monarca.

Por Hernán, su paje confidente, supo que la siguiente noche era la elegida por los conjurados para lanzar al aire su pendon de guerra, y esto le dió nuevo ánimo para acabar una intriga tan hábilmente comenzada. Uno de sus principales deseos era atraer á los jefes de los conjurados á una emboscada, y una vez en ella apoderarse de ellos y obrar un ejemplar castigo que le hiciese temible en todo el reino.

Aunque el mensajero enviado por D. Ramiro al monasterio de San Ponce aun no había regresado á dar cuenta de su mensaje, D. Pedro determinó no dejar perder las propicias circunstancias que se le presentaban, para dar fin á su diabólica obra, y por lo tanto creyó inútil esperarle, seguro de que los consejos del abad, por radicales que fuesen, nunca serían ni una sombra del plan que él se había propuesto.

Creyó además, que el rey le perdonaría su desobediencia, en gracia de librarle de los principales personajes que llevaban el reino revuelto, y que le conferiría para siempre su privanza.

Otro de los móviles que impulsaban al de Tizon, el querer apoderarse de los jefes de los conjurados era el de aprisionar al conde de Atares. Dueño de él, pensaba sacarle á la fuerza un billete para la reina, en el cual

espresara que se hallaba bajo su poder, y que lo único que podía salvarle la vida era el que esta correspondiese á su pasión.

Conseguido mi fin—se decia—nada debo de temer: el verdugo cortará la cabeza del conde, y en cuanto á doña Inés, bastante cuidado tendrá de no revelar á su esposo lo que no le conviene que sepa, segura que sus palabras serán tenidas como á una calumnia infame, forjada únicamente por el despecho que debe sentir á causa de la muerte de su amado.

Dispuesto se hallaba el de Tizon á salir de palacio, con objeto de tener una entrevista con los caballeros de Luna, y hacerles creer que se hallaba dispuesto á lanzar con ellos el grito de rebelion, para atraerles de este modo mas fácilmente á la emboscada que pensaba prepararles, cuando se presentó ante él su paje Hernan, que desde la noche anterior se hallaba al corriente de sus proyectos.

—Deteneos, señor, pues tengo que hablaros,—esclamó el paje entrando.

—¿Qué ocurre de nuevo?—preguntó lívido Monteagudo.

—Señor, el conde de Atares salió hace tres dias de Huesca.

—¡Cielos!.... ¿Y no sabes su direccion?

—Segun he podido averiguar por uno de sus escuderos, creo que se dirige al monasterio de San Ponce de Tomeras.

—¿Con qué objeto?

—Segun parece, con el de dedicarse á la vida monástica, á la que tiene vocacion de algun tiempo á esta parte.

—¡El diablo cargue con su vocacion y con su alma! Esto viene á destruir mis planes..... He de tomar una determinacion..... Oye bien Hernan: es necesario que montes inmediatamente á caballo, acompañado de cuatro hombres de tu confianza, y te dirijas con ellos á dicho monasterio. Veas si puedes encontrar al conde en el camino; si por fortuna le hallaras, le presentarás la orden que voy á darte, y le harás prisionero en nombre del rey.

Y el de Tizon sentándose ante una mesa, escribió un mandato de prision contra el mencionado personaje.

—Si desgraciadamente no lo hallaras, procura entregar á D. Ruy Perez de Pardo, que se halla á estas horas en dicho monasterio, la epístola que voy á entregarte.

Y Monteagudo, sentándose de nuevo, escribió las siguientes líneas:

«Amigo D. Ruy:

Estoy en la plenitud del poder. Si os hallais aun en el monasterio de San Ponce, á

donde habeis ido por encargo mio, procurad, por los medios que creais oportunos, apoderaros del conde de Atares, que se dirige al mismo, con el fin de dedicarse á la vida monástica. Ya comprendereis lo mucho que me interesa tenerle bajo mi poder. Dueño de él, conseguiré triunfar de doña Ines, á quien tengo prisionera, y vengarme al mismo tiempo de ella con la muerte de su amado. Esta noche preparo una emboscada á los futuros rebeldes, la cual dará mucho que hablar en todo el reino. El rey me creará su salvador. Quemad este billete.

Pedro Tizon.»

Ahora, prosiguió Monteagudo entregándole el mencionado billete á Hernan, mientras tú te diriges al monasterio, voy á avisarte con los jefes de los conjurados. Procura tenga feliz término tu empresa, pues bien sabes que sé recompensar con creces á los que cumplen mis órdenes.

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

(Se continuará.)

TE VEO Á TÍ.

Cuando la aurora con su luz pura
Dora las flores de mi jardín,
Y en sus corolas la brisa gime,
Te veo á tí.

Cuando la luna tras de los mares
Su argénteo disco deja lucir
Y se refleja en las pardas olas,
Te veo á tí.

Cuando contemplo el ardiente Fébo
Que acelerado marcha al cenit,
Y tiñe nubes de ópalo y grana,
Te veo á tí.

Cuando dirijo la vista al cielo
En donde brillan estrellas mil,
En sus reflejos puros y bellos
Te veo á tí.

Y entre las flores, y en las estrellas,
Y entre las nubes, y en todo, en fin,
Siempre mis ojos, radiante y pura
Te ven á tí.

GERVASIO ARACIL.